

raleza, es obra admirable del Espíritu de Piedad. Pues bien, el mundo cristiano ha visto lo que el mundo pagano no hubiera podido jamás ni aun suponer, asociaciones numerosas, tales como los Celitas, consagradas á dar sepultura á los muertos. ¡Qué lección de respeto al hombre no se encierra en los cuidados religiosos que aun hoy mismo deben tenerse con los restos mortales del pobre, no menos que con los del rico! ¡Qué incesante predicación de ese dogma que es el consuelo de la vida y la base de la sociedad, del dogma de la resurrección de la carne! Así es como el corazón del cristiano, fundido por el Espíritu Santo, cual la cera es fundida por el fuego, se reparte para todas las necesidades corporales del hombre, desde la cuna hasta el sepulcro. Con igual solicitud se consagra á sus necesidades espirituales; siete géneros de sacrificio ó siete obras de misericordia las alivian.

1.<sup>a</sup> *Enseñar al que no sabe.* La primera necesidad del alma es la verdad. Hacerla brillar á sus ojos es también la primera devoción que inspira el Espíritu de piedad. La *bella* antigüedad no era más que un rebaño de bestias. Las tres cuartas partes, y algo más, del género humano, compuestas de esclavos, vivían sin Dios, sin fé, sin esperanza, sin consuelo, sin otra ley que el capricho de sus amos. Estos mismos, esclavos á su vez del Espíritu de las tinieblas, ó desdeñaban, ó ignoraban, ó combatían, ó desfiguraban la verdad. El amor fraternal de las almas, inspirado por el Espíritu de piedad, ha cambiado la faz del mundo, sacándolo de la barbarie é impidiendo que vuelva á caer en ella. El es el que de uno á otro polo multiplica los órganos de la verdad, y desde la entrada hasta la salida de la vida, enciende los faros destinados á alumbrar el tenebroso derrotero de la humanidad. El es quien todos los días lleva

allende los mares y establece en medio de las tribus salvajes al misionero católico y á la hija de la caridad.

2.<sup>a</sup> *Corregir al que yerra.* Apenas llega el hombre al uso de la razón cuando ya siente en sí mismo la ley de la carne; esta potencia funesta emplea mil sollicitaciones para arrastrarlo al mal. Advertirle, á fin de prevenir la caída; levantarlo, cuando cae; tal es, en el orden espiritual, el segundo beneficio del Espíritu de piedad. ¿Quién podrá medir su extensión? Preservar ó curar al hombre de una enfermedad mortal, es un beneficio; dar la vista á un ciego, es un beneficio; volver á poner en camino al viajero extraviado que marcha al precipicio, es un beneficio.

Mas preservar al alma ó curarla de la lepra mortal del pecado; abrir los ojos al pecador que no ve su desgracia, que no la quiere ver; hacer que acepte el consejo que rechaza, la corrección que le irrita, el socorro de la mano que lo detiene al borde del abismo, ¿no es un beneficio incomparablemente más grande? Para realizar todo esto ¿qué hábiles industrias, qué dulces palabras, qué sacrificios más difíciles para la naturaleza, y qué medios más ingeniosos nos sabe inspirar el Espíritu de piedad! Y sin embargo, nunca se contará el número de las almas, almas de jóvenes y ancianos, almas de padres y de hijos, que él ha preservado ó apartado del mal, y que preserva ó aparta todos los días.

3.<sup>a</sup> *Dar buen consejo al que lo ha de menester.* ¿Quién no tiene necesidad de este nuevo beneficio del Espíritu de piedad? El hombre nace envuelto en tinieblas; no tiene para guiarse más que los resplandores inseguros de su razón vacilante. Con la edad llega á ser juguete de su imaginación y de sus sentidos. En las relaciones con sus semejantes está expuesto con frecuencia á ser víctima de los artificios de un extraño ó de sus propias perplejidades. Infeliz,

si queda abandonado á sí mismo; más infeliz todavía, si no quiere admitir consejo. *El que se constituye en maestro de sí mismo, se hace discípulo de un tonto* (1).

Si por cierto, es un hecho acreditado por la experiencia que la necedad, hija del orgullo, conduce á la ruina. Así, de un consejo depende á veces la fortuna, el honor y la salud; por consiguiente, no hay limosna más útil que un consejo inspirado por el Espíritu de piedad. Aun cuando el tribunal de la penitencia no tuviese otro objeto que el de dar consejos, todavía sería digno de las bendiciones de toda la tierra.

4.<sup>a</sup> *Consolar al triste.* La vida del hombre en esta tierra de prueba no es sino una série de sufrimientos bajo todos los nombres y en todas las formas. En tanto que la muchedumbre se apiña en rededor de los dichosos del siglo, deja solo con sus pesadumbres al afligido. El Espíritu de piedad previene este acto cruel de egoismo, inspirando al hombre una verdadera compasion hácia el que sufre. Gracias á él, ¡qué diferencia entre el desgraciado bajo el imperio del paganismo, y el desgraciado bajo el reinado del cristianismo! Allí, una insensibilidad estóica y casi bárbara; aquí, corazones enternecidos y ojos que lloran. Allí, cuando más, algunas palabras frias como el destino inexorable; aquí, palabras llenas de esperanza, que reaniman el valor abatido y hacen la cruz ligera, llegando á veces hasta hacerla preferible á los más dulces placeres. Por lo menos, ¡cuántas lágrimas dulcificadas, cuántas desesperaciones evitadas, cuántos suicidios impedidos!

5.<sup>a</sup> *Sufrir con paciencia las flaquezas de nuestros prójimos.* El consuelo nos ayuda á soportarnos á nosotros mis-

1. Qui se sibi magistrum constituit, se stulto discipulum subdit. S. Bern.

mos; la paciencia nos hace soportar á nuestro prójimo. Haz con tu hermano, dice el Espíritu de piedad al cristiano, lo que quieras que él haga contigo. El tiene sus defectos, tú tienes los tuyos. Si quieres que él te sufra, súfrelo tú también á él. Llevando entre los dos la carga, la encontrareis menos pesada; sobre todo, la hareis meritoria. El Espíritu de piedad ha hablado, y los genios más opuestos pueden vivir juntos; y familias que de otra manera serian un infierno anticipado, llegarán á ser mansion de la concordia y vestíbulo del cielo.

6.<sup>a</sup> *Perdonar las injurias.* Entre sufrir con paciencia una injuria y perdonarla de todo corazon, hay gran diferencia. Puede callarse la boca, y estar sin embargo profundamente ulcerada el alma. De ahí los inveterados y negros rencores que hacen de la vida una vergüenza y un tormento. Mas he aquí que el Espíritu de piedad repite al oido del corazon herido: Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores; y de estas omnipotentes palabras brotan millones de milagros más grandes que la resurreccion de un muerto. El brazo se desarma, el resentimiento se apaga, el perdon deja de ser una debilidad; y en lugar de pasar por una gloria, la venganza repugna como un crimen vergonzoso.

7.<sup>a</sup> *Rogar á Dios por los vivos y á difuntos, y en especial por nuestros perseguidores.* Estar olvidado durante la vida, y sobre todo despues de la muerte, á no ser más que objeto de un recuerdo estéril, es uno de los más crueles tormentos para el corazon. El Espíritu de piedad ha venido á evitárnoslo. No olvidareis, nos dice, ni á los vivos ni á los muertos, ni aun á los que os persiguen. Tened recuerdos útiles para todos; vuestras oraciones obtendrán para ellos los bienes que vuestro corazon desea, pero que vuestra im-

potencia no puede darles. Los favores que han hecho y los infortunios que han socorrido en la tierra y en el purgatorio estas sencillas palabras, nadie los sabrá, como no sea en el día de las grandes manifestaciones, en el cual nos será dado ver en toda su extension la fecundidad inagotable del Espíritu de piedad.

3° ¿Cuánta es la necesidad del don de piedad? Apela- mos ahora á todo hombre imparcial y le preguntamos, si es posible, aun desde el punto de vista meramente humano, imaginar cosa más fecunda y más necesaria que el don de piedad. Si, lo que es imposible, no supiese responder, considere el don de piedad bajo otro aspecto. El hombre, no nos cansaremos de repetirlo, está colocado entre dos espí- ritus opuestos; haga lo que quiera, él obedece á uno ó á otro. Si no es inspirado por el Espíritu de piedad, es impulsado por el Espíritu contrario. ¿Y cuál es este? Es el Espíritu de *Envidia* (1). Entristecerse por el bien de otro, alegrarse de su mal; he aquí lo que es la envidia en sí misma (2).

¿Puede imaginarse nada más perverso, más vergonzoso y más antisocial? Nada, á no ser la misma envidia conside- rada en sus efectos. ¿Cuáles son estos? Mientras que el don de piedad ablanda el corazón, lo ennoblece, lo dilata y lo derrama en efusiones de amor hácia Dios y hácia el hom- bre; la envidia lo endurece, lo degrada, lo cierra, lo hace malo y desdichado. El gusano en la madera, el orin en el hierro, la polilla en la ropa, todo esto es la envidia en el corazón. Lo corroe y lo llena de toda especie de mal y lo despoja de toda especie de bien. Los demás vicios se opo-

1. Donum pietatis expellit Spiritum invidiæ, quæ crudelis est et non potest pati alios bona habere, sed potius appetit sui malum cum pejore malo proximi. *S. Anton.*, VI p., tit. X, c. 1.

2. Invidia est alienæ felicitatis tristitia, et in adversitate læti- tia. *S. Bonav.*, *Dixta salutis*, c. IV.

nen á una virtud particular; la envidia se opone á todas. Semejante á las aves nocturnas, cuyos ojos ofusca la luz, el envidioso no puede soportar el brillo de ninguna virtud, de ninguna superioridad, de ninguna ventaja, de ninguna afeccion que no se dirija á él.

De aquí proviene que la envidia sea llamada, no una fie- ra mala, sino una fiera muy mala (1). La envidia perdió á los ángeles en el cielo. La envidia perdió á nuestros prime- ros padres en el paraíso terrenal. La envidia hizo de Cain un fratricida. La envidia vendió á Joséph. La envidia cru- cificó al Hijo de Dios. Si hubieran de referirse todas las ruindades, los envenenamientos, las calumnias, los odios, las injusticias, las divisiones, los actos del más cruel egois- mo, es decir, las vergüenzas, las desgracias engendradas por la envidia, se necesitaria citar casi todas las páginas de la historia de los pueblos y de las familias. Librar á la hu- manidad de semejante azote, es beneficio reservado al Es- píritu de piedad. ¿Y esto, no es nada? El don de piedad es, pues, como todos los otros, un elemento social, que nin- guna invencion humana podrá reemplazar jamás.

1. Unde non tantum dicitur mala, sed pessima. Hæc est fera pessima quæ devoravit Joseph. *S. Bonav. ubi supra.*